

TRANSICIONALIDAD EN EL DEVENIR DE UN ANALISTA A TRAVÉS DE LA VIVENCIA CLÍNICA¹

Carmen Labarthe*

Siempre me causa mucho placer leer a Winnicott. Me da curiosidad lo que siento cuando retomo sus textos y me pregunto: ¿qué es esto tan especial que siento cuando lo leo? Sentir la profundidad de sus concepciones y el vigoroso efecto de su clínica es un deleite. Winnicott tiene la particularidad de escribir al “verdadero self” de los analistas, de los terapeutas y de las personas en general a propósito de la transicionalidad, la necesaria dimensión de la ausencia.

Quisiera compartir con ustedes algunas reflexiones de mi experiencia clínica con un paciente y jugar con algunas ideas a modo de hacer sentido en relación al proceso creativo en mi devenir como psicoanalista.

Me gustaría empezar presentando sucintamente material clínico del tratamiento de una paciente que vi durante mi formación como psicoanalista en Londres y que estuvo en análisis conmigo durante cuatro años.

Mi paciente, a la que llamaré Berta, era una mujer de 35 años, soltera. Vivía sola en un apartamento en el sudoeste de Londres. Vino porque se sentía mal físicamente, no dormía, sufría fuertes dolores estomacales y durante varios meses no había podido comer. En su trabajo la notaban retraída y con frecuencia faltaba debido a sus síntomas físicos. Su jefe le dijo que la empresa le pagaría el tratamiento y que si no buscaba ayuda la despedirían. Se sometió a una serie de exámenes médicos sin que se encontrara una causa física que explicara sus síntomas y fue el médico el que recomendó tratamiento psiquiátrico y terapéutico.

La primera vez que la vi me comunicó que se sentía muy incómoda ya que prácticamente la habían obligado a acudir a la consulta, no tenía alternativa. Me preguntó acerca del tratamiento, de qué se trataba y cuánto tiempo iba

1 Ponencia presentada en el XXXIII Encuentro Latinoamericano sobre el pensamiento de Donald. W. Winnicott. Noviembre, 2014.

* Psicoanalista con función didáctica de la Sociedad Peruana de Psicoanálisis.
<labarthe.carmen@gmail.com>

a durar. No estaba acostumbrada a hablar de ella y le daba miedo la idea de cómo sería ella cuando el tratamiento terminara. Se preguntaba si tendría que “vestirse diferente”, si tendría que hablar de temas precisos y qué era lo que iba a lograr. El psiquiatra le había dicho que lo más probable era que su tratamiento durara un año, pero ella se había formado la idea de que solo duraría unos meses. Me dijo además, que lo que sí le agradaba era la idea de salir en horas de trabajo para venir a verme y que por eso venía. Estaba harta del trabajo, sentía que la gente la miraba como si fuera rara, que se reían de ella y la observaban constantemente. Su oficina era un espacio grande donde había muchos escritorios y se sentía invadida por sus compañeros. En los últimos tiempos les había dicho que no se acercaran a ella y que si querían hablarle tendrían que hacerlo única y exclusivamente a través de memorandos. No soportaba que la gente se le acercara. No entendía por qué les parecía extraño a su jefe y a sus compañeros, cuando ella estaba acostumbrada a no hablar con nadie.

Acerca de su historia personal manifestó ser hija única, sus padres vivían en Escocia y no los veía desde hacía diez años. Berta decidió mudarse a Londres porque no se sentía contenta en su casa. Sentía que todo era superficial y que su mamá pretendía que todo era felicidad cuando para ella su casa era un gran caos. Su padre era una figura ausente de su vida, dedicado a actividades fuera de la casa, que no se interesaba por ella.

Hubo dos temas recurrentes durante los meses iniciales de su análisis. Por un lado, los problemas que tenía en el trabajo, donde se sentía espiada y objeto de burlas y, por otro, su malestar psicosomático. Sufría de fuertes dolores de estómago, dolores de cabeza y no entendía por qué se había enfermado.

Berta tenía la idea de que no tenía órganos, es decir, no tenía hígado, corazón cerebro ni pulmones. Le resultaba difícil creer que era humana, que por dentro podía tener huesos o sangre. Solo creía en los aspectos externos de su cuerpo como su pelo, sus manos y sus pies. Odiaba ir al médico porque la trataba como si tuviera órganos y le recetaba medicamentos. Como cuando el médico le dijo que podría tener gastritis y que la tenía que explorar para ver si tenía úlceras. ¿Cómo iba ella a tener úlceras si no tenía estómago? Igualmente se sintió golpeada cuando el psiquiatra le recetó antidepresivos, como si su cabeza tuviera un sistema eléctrico, como si su cuerpo se redujera a algo neurológico. Ella sentía que su cuerpo estaba lleno de algodón y lana y de nada le servía a los médicos investigar su cuerpo.

La descripción de estos aspectos de ella se reflejaban en la transferencia conmigo. Yo la sentía desde el inicio alejada, distante, como si estuviera con

un robot que repetía y repetía los mismos temas sin ninguna vía de acceso que le permitiera explorar lo que en realidad sentía por dentro. Cualquier intervención mía era desechada. Me decía que lo que yo le decía no le hacía pensar ni sentir nada. Otras veces no me contestaba y se quedaba en un silencio absoluto. Muchas veces yo me sentía irritada, frustrada y pensaba que quizá ella quería que yo me comunicara también a través de memorandos. Recuerdo muchos de sus silencios en que yo me preguntaba quién le había robado el alma, qué le había pasado que la había despojado de todo sentir. Sentía además que con su silencio me decía “no te atrevas a decirme nada”. Muchas veces me quedé acompañándola escuchando su silencio, esperando que tal vez en algún momento me descubriera. Junto al sentimiento de frustración y fastidio también me preocupaba el peligro que acarrearaba su retraimiento. Pasaron varios meses en que las dos estábamos en silencio. No sabía bien qué hacer y algo muy profundo en mí me guiaba y me decía que solo la acompañe si eso es lo que ella necesitaba de mí. Dentro de este absoluto silencio, me daba cuenta que un pequeño ruido, un movimiento suave o bulla de la calle era para Berta una interrupción de algo dentro de ella. Recuerdo haber sido bien cuidadosa para no molestar el entorno en la que Berta se sumergía. Ella tenía todo un ritual al llegar a la sesión. Me saludaba muy educadamente al entrar pero una vez que se sentaba ponía las manos frente a su cara marcando su territorio y su distancia conmigo, como si ella trajera su propio encuadre. Se quedaba inmóvil durante toda la sesión. Si le hablaba o le hacía una pregunta, contestaba con monosílabos y si tenía algo que decir acerca de su trabajo lo hacía casi tapándose la cara sin dirigirme nunca la mirada.

Cuando trataba de indagar acerca de sus dolores físicos, respiraba hondamente en señal de fastidio. Me repetía una y otra vez que su cuerpo estaba lleno de algodón y de lana. Poco a poco empecé a aceptar esa idea. Dejaba que mi mente divagara y dejaba que aparecieran diferentes imágenes. Me preguntaba qué significaba para el psiquismo de Berta tener el cuerpo lleno de lana y algodón. ¿Estaría frente a un psiquismo muerto, carente de representación? Me preguntaba en silencio cómo podía dar sentido a lo que me estaba comunicando con su silencio absoluto. ¿Qué me estaba tratando de comunicar con esa idea engañosa de su cuerpo? Pensaba que tal vez si yo esperaba que ella me descubriera también ella deseaba que yo la descubriera, pero sin forzarla. Poco a poco empecé a afrontar en mi contratransferencia la angustia de no saber, de poder esperar todo el tiempo que ella necesitara sin invadirla. Pensaba muchas veces que Berta me transmitía la sensación de alguien que no estaba ahí, “a not

there person". Jugando con mis asociaciones en una sesión me vino a la mente el relleno de los muñecos de peluche, los famosos "soft toys" que acompañan a los niños cuando se sienten solos o cuando tienen miedo. Me animé a decirle en una sesión después de varios meses de silencio. Le dije que a lo mejor ella se sentía por dentro como esos ositos y muñecos suaves llenos de algodón y lana que la protegían en su soledad como los niños se sienten protegidos con sus ositos cuando están solos. Me preguntaba si ella se había sentido consolada por sus muñecos cuando era chiquita. Recuerdo que sentí que esa intervención a modo de comentario surgía de algún lugar dentro de mi y me sorprendió. En realidad en ese momento no estaba segura si estaba interrumpiendo su silencio, solo sé que fue algo muy espontáneo y genuino.

Me sorprendió también el efecto tan significativo que tuvo mi intervención en Berta. Ella levantó la cara y me miró por primera vez sonriéndome. Me dijo que sí, pero un sí lleno de vida y cargado de emoción. ¡La cara se le iluminó y me contó que tenía 10 ositos! Uno de ellos lo tenía desde los seis años. Espontáneamente empezó a contarme las historias de Rupert, de Winnie the Pooh y sus fantasías con ellos. Tenía uno en su cama, dos en el sofá donde estaba el televisor, otro se lo colgaba del cuello y lo abrazaba y los demás en la repisa. Cuando pasaba por el sofá les hacía cariño en la cabeza. Me contó, además, que le gustaba leer diferentes historias acerca de ellos así como imaginarse cuentos y fantasías. Por ejemplo cuando caminaba por la calle gozaba imaginando que la iglesia era el castillo de Rupert. Ese osito era parecido a ella porque era también hijo único. Vivía en una pequeña cabaña con mamá y papá. Salía a jugar con amigos, se divertía y al final del día regresaba cansado a protegerse en su casita con chimenea. ¡Yo me sentía conmovida!

Empecé a sentir un cambio en la atmósfera de las sesiones a medida que se abría una brecha que me permitía conocer su mundo privado. Sonreía con frecuencia al contarme cómo se relacionaba con sus muñecos. Movía las manos y la cabeza explicándome cómo jugaba con ellos. Se abría así un espacio potencial donde no le interpretaba sino que compartía con ella su mundo interno, escuchando sus fantasías asociativas y jugando las dos en las sesiones. Este juego de ida y vuelta me permitía pensar a Berta más no hacer interpretaciones. Me encontraba en un constante movimiento entre el juego de las dos y mi diálogo interno. Recuerdo que en una sesión me habló de un osito muy especial que se llamaba *Paddington Bear* y recuerdo haber pensado mientras la escuchaba que ese osito tenía un letrero que decía que venía de *deep darkest Peru*. Mientras yo lo pensaba ella me dijo que era un osito que habían encon-

trado en la estación de Paddington con un letrero que decía que venía de muy lejos, del Perú oscuro, y que le gustaba comer mermelada. Yo sonreí al escucharla. Ella me miró y luego también se sonrió. Me dijo que seguramente yo también lo conocía. En alguna oportunidad le dije que yo sentía que a lo mejor sus muñecos le trían recuerdos de cuando ella era niña, recuerdos de tiempos en los que se había sentido contenta y no tan sola y que tal vez sus muñecos la ponían en contacto con sus padres, especialmente su madre, a quien tal vez ella extrañaba. Empezó a llorar por primera vez diciéndome que de chica, ella se sentía que era lo más importante para su madre, algo así como “el tesoro de sus ojos”. Ella sentía que cuando creció su madre se apartó de ella dándole más importancia a su padre al que siempre sintió como un gran rival.

Esta intervención tuvo por cierto un gran impacto en mi paciente y en mí. Sentía que empezaba a descongelarse un núcleo muy duro dentro de ella que le había servido precariamente para defenderse del temor al derrumbe. Berta empezó a sentir que dependía de sus sesiones, de su cercanía conmigo.

Paulatinamente empezaron a surgir sueños, ansiedades y una gran preocupación por su cuerpo. Tenía miedo de enfermarse de verdad y de que nadie la pudiera cuidar. Después de su segundo año de análisis pudo echarse en el diván compartiendo conmigo su miedo. Me pudo decir que en los inicios de su análisis, sus oídos estaban taponeados y eso la salvaba de no tener que escuchar mi voz, pero no contaba con que yo muchas veces me quedaba acompañándola en su silencio sin decirle nada, como si respetara algo muy íntimo en ella. Me dijo que el venir y quedarse sin hablar la hacían sentirse segura en mi consultorio y que poco a poco pudo confiar en mí.

Alrededor de esta época trajo su primer sueño. Me dijo que hacía mucho tiempo que no soñaba. Se encontraba caminando en una cueva oscura, no había nadie más con ella. Se sentía asustada y perdida. Su sueño le hacía acordar a cómo ella vivía su vida. Separaba la zona de su casa de la del trabajo. De la estación del tren hacia su casa era su zona privada. Tenía miedo que descubrieran su mundo privado y que se burlaran de ella. Me dijo también que prefería la noche al día y que odiaba el verano porque tenía que ponerse colores más claros además de estar su cuerpo más expuesto y descubierto. La cueva también le hacía acordar cuando ella salía a pasear bien tarde por las noches. Si bien era peligroso y tenía miedo, le encantaba caminar a oscuras porque así nadie la veía y casi no había gente en las calles. Por eso también le gustaba el invierno porque se podía cubrir con ropa y bufandas, como si estuviera vendada. Muchos de los sueños que traía eran de casas abandonadas, deterioradas, donde ella se

encontraba deambulando sola y mirando desde la ventana el mundo de afuera. Me decía que su vida diaria era como sus sueños, encontrándose muchas veces mirando la calle a través de las persianas de su departamento sin que nadie se diera cuenta ni la molestaran. Estos sueños también los relacionaba con sus vacaciones donde visitaba las casas de personajes importantes, fallecidos, como la casa de la Hermandad Bronte, o las casas de pintores y escritores famosos. Tenía una gran atracción por conocer cómo vivían estos personajes en el pasado.

Cuando se enfermó se retrajo de todo, de sus muñecos, no tenía ganas de salir, ni ver televisión, tampoco tenía ganas de ir a la ópera ni a sus clases de violín ni salir de vacaciones. Poco a poco fue desapareciendo el tema de los muñecos y empezó a conectar su odio al trabajo con sentirse como un muñeco para sus compañeros. Esto también se reflejaba en la transferencia conmigo, donde los fines de semana se sentía ansiosa al no verme, sentía que yo la trataba los viernes como un muñeco sin importarme que sentía ella. Gradualmente empezó a darse cuenta que estaba mal y que había algo en ella que hacía que la gente no se le acercara. Se daba cuenta por ejemplo, de que había construido un mundo fantástico para no tener que enfrentar el dolor de la separación con su madre y para no enfrentar que ella era humana y por lo tanto mortal, diferente a los ositos que vivían eternamente y eran indestructibles. Esto por cierto la asustaba y la llenaba de pánico. El dolor que vivió durante esta época era devastador. Yo sentía que el análisis no le alcanzaba. Con el tiempo le provocó comunicarse con su madre por teléfono. Se sentía mal de que por mucho tiempo su madre había intentado llamarla y ella no contestaba. Sin embargo tenía miedo de verla y encontrarla viejita y con necesidad de ella. Temía darse cuenta del paso del tiempo. Yo sentía que el vacío esquizoide que estuvo lleno de lana y algodón se transformaba en un vacío más real, lleno de sentimientos tristes y emociones diversas. Esto también se reflejaba en la transferencia. Yo la sentía triste pero más real, involucrada en su relación conmigo. A medida que procedía el trabajo analítico la experiencia de sus sueños cambió también. De las casas o cuevas desoladas donde ella miraba a través de la ventana, eventos distantes de modo pasivo, a la creación y la experiencia de un espacio interno donde ella aparecía activamente envuelta conmigo y otras personas.

Las sesiones previas al sueño que les voy a contar, le había anunciado el corte de las vacaciones y el cambio de consultorio. Me mudaba de un departamento a una casa en Hamstead, en Londres. La sesión donde reporta el sueño era un lunes. Me dice que había tenido un sueño conmigo el viernes. En el sueño ella aparecía caminando en el campo y se sentía un poco perdida. De pronto

el escenario cambió y se encontró caminando en una calle llena de fábricas. Le parecía que el lugar era una especie de área industrial combinada con casas residenciales. Esto le parecía algo inusual porque generalmente estas áreas estaban bien separadas. Era una mezcla de Escocia con Londres. En el sueño, ella venía a mi casa que estaba rodeada por todas estas fábricas. No recordaba con quien estaba en el sueño pero había otra persona con ella especialmente en la segunda parte del sueño. Los dos fueron a tocar el timbre. Había una fiesta en mi casa, con mucha gente y yo parecía estar dando vueltas hablando por aquí y por allá. Ella se acercó para preguntarme por algunas direcciones y yo se las di, y se las olvidó cuando salió de la fiesta, o las perdió, no se acordaba qué pasó. La persona que estaba con ella quería que regresara a la fiesta y me preguntara otra vez por las direcciones pero ella no quería. Decide regresar y al entrar otra vez a mi casa, vio que la gente empezaba a salir y estaban como desparramadas por la vereda. La calle parecía extraña porque era una calle que siempre había estado vacía y ahora estaba llena de esta gente participando de la conversación.

Empezó a asociar espontáneamente. Me dijo que no sabía quien era la persona que aparecía con ella en su sueño, no podía reconocer si era mujer u hombre, pero le venía a la mente un compañero de trabajo que algunos días atrás la acompañó en el tren y no se sintió tan incómoda, como otras veces. El área industrial la asoció con un lugar cerca de su casa donde estaba la estación del tren y por donde pasaba con regularidad. Cerca de la estación había una casa que le hacía acordar a la casa del sueño. Esta casa le parecía rara, era como un almacén enorme de muebles y cerca de este almacén había una casita con cortinas bien tenida, pensaba que ahí vivían guardianes o vigilantes. Esta casita también le recordaba a una amiga de su infancia cuando estaba en primaria, en Escocia. Sus padres eran guardianes y vivían cerca de la estación del tren.

Me dijo que era la primera vez que soñaba así, no recordaba haber soñado estando ella en un lugar urbano e interactuando con personas que ella sentía cercanas. Generalmente ella aparecía sola en sus sueños y soñaba con cosas de la realidad inmediata al punto de no estar segura si sus sueños eran sueños o realidad. Solía poder cambiar el tiempo en sus sueños e ir donde ella quería pero este sueño lo sentía diferente. (Cuando se refiere a poder cambiar los tiempos en sus sueños se refiere a que viajaba en el tiempo y conocía a los parientes de Jane Eyre por ejemplo, a los personajes de las óperas, etc.)

Le señalé que a lo mejor con su sueño, ella me estaba comunicando cómo se sentía en relación al cambio de consultorio y las vacaciones que se venían. Lo preocupada que se sentía y su temor de que no estuviera ahí para darle algunas

direcciones. Estuvo de acuerdo conmigo y dijo que no le gustaban los cortes en su rutina. También se sentía celosa de la gente que se iba de vacaciones, ella nunca tomaba vacaciones en agosto porque habían niños por todas partes y esto la llenaba de rabia y celos, por eso prefería tomar vacaciones en setiembre para no sentir su rabia. Me dijo también que sí sentía miedo de que algo le pudiese pasar durante el corte, algo traumático y que se sintiera sola sin nadie con quien hablar. Sentía que su análisis era el único lugar donde ella se sentía segura, se sentía libre de poder hablar de lo que quería. Nadie se lo podría entender. Su análisis la estaba ayudando y se daba cuenta de lo perdida que había estado. Hoy, cuando se despertó se sintió nerviosa y triste, seguramente porque iba a extrañar su análisis.

Discusión

Al ordenar el material me doy cuenta que tengo una mirada retrospectiva interesante, y que saltan a mi vista varios temas. Uno es la transicionalidad, el espacio potencial, el terror al derrumbe, el valor de la regresión, el uso del objeto, el verdadero y falso *self*, por nombrar algunos.

Quisiera referirme a la transicionalidad, como la necesaria dimensión de la ausencia en mi devenir como analista. Berta fue mi primera paciente privada mientras hacía mi formación en Londres. De nuestro vínculo aprendí que pude escucharla como lo hice porque dejé a un lado mis conocimientos teóricos. Seguramente estos operaban en algún lugar de mi mente. Esto me permitió impregnarme de lo que ella me comunicaba a un nivel muy especial. Cuando Winnicott describía a la madre suficientemente buena, decía que era una madre que miraba a su bebe con devoción. Esta forma de mirar la ayudaba a recibir todo tipo de experiencias con su bebe. Creo que en mi devenir como analista, la mirada con devoción hacia mis pacientes tiene un lugar privilegiado.

Cuando un analista se entrega de lleno al proceso de análisis con su paciente, el analista se está entregando a una experiencia desconocida. Uno puede sentir miedo y una gran incertidumbre de no saber cómo ayudar a su paciente. Se pregunta si las teorías que ha aprendido serán suficientes. Se entrega a una intimidad que no ha vivido con nadie salvo con su propio analista, si este no ha sido dogmático ni rígido y le ha permitido un espacio íntimo. Con esto me refiero a que el analista o la analista no está buscando la cura de síntomas sino el cuidado de una continuidad existencial auténtica.

Referencias bibliográficas

- Winnicott, D. (1955). *Escritos de Pediatría y psicoanálisis*. Barcelona: Laia. (1979).
_____.(1967). *Juego y Realidad*. Barcelona: Gedisa. (1992).
_____.(1989). *Sostén e interpretación*. Buenos Aires: Paidós. *Psicología Profunda*. (1992).
_____.(1988). *La Naturaleza Humana*. Buenos Aires: Paidós. *Psicología Profunda*. (1993).

Resumen

Cuando un analista se entrega de lleno al proceso de análisis con su paciente, el analista se está entregando a una experiencia desconocida, a una intimidad que no ha vivido con nadie salvo con su propio analista, buscando una continuidad existencial auténtica y no la cura de síntomas. La autora comparte con el lector algunas reflexiones de su experiencia clínica en el devenir como psicoanalista, y remarca el lugar privilegiado que tiene lo que Winnicott llama “la mirada con devoción” hacia los pacientes y la tolerancia a no saber y poder esperar.

Palabras clave: Devenir, madre suficientemente buena, mirada, silencio, ritual

Summary

When the analyst is fully devoted to the analytical process with his/her patient, the analyst is being delivered to an unknown experience, an intimacy that has not yet been experienced, except with his/her own analyst in the search of a real existential continuity and not just the cure of symptoms. The author shares with the reader some reflections on the clinical experience of becoming a psychoanalyst, and emphasizes the privileged place of “a devoted gaze” towards patients, and tolerance to not knowing and being able to wait.

Key words: Becoming, good enough mother, gaze, silence, ritual.